

Lavapiés

Ana Basualdo

Droguería

Las escobas colgadas del techo peinan ásperamente a los pintores altos, que no se dan cuenta. Al entrar, ensuciaron el suelo de linóleo con el nuevo barro de las calles de la ciudad: la mierda de perro. Por la mañana, cuando el sol divide en dos las fachadas de la acera de enfrente –las fachadas parecen una sábana cortada por la mitad: arriba lisa y recién lavada; en las plantas bajas duerme un ropavejero–, la droguería es polvorienta y lóbrega. La estufa a gas calienta a un gato tuerto, dormido en una cuna de trapos viejos. Los pintores se arriman al mostrador de la derecha, para pedir botellas de aguarrás y papeles de lija. Desde ahí, le preguntan a la mujer de setenta años, que está enfrente, detrás del mostrador de la izquierda, el que tiene vitrina de cristal, por qué hoy le tiemblan tanto la mandíbula, la boca pintada, los dedos largos llenos de anillos dorados. Los pintores deben sorprenderse de que la mujer tenga cada mañana la paciencia de maquillarse como una actriz. Le hablan apoyados en el mostrador, respetuosos y atentos como si la vieja chillona fuera una joven bailarina intocable. «El escarpate soy yo», dice, para defender la boca pintada de color tomate, el polvo naranja, la sombra verde, la otra sombra naranja sobre la sombra verde, la línea de betún de las cejas. Las manos han vacilado, por la mañana, ante el espejo que los ojos de prósbita creyeron empañado y huidizo, y por eso la cara, de cerca, parece una tela mal estampada. Tiene otro espejo, aquí, de marco celeste, encima de la caja registradora. Los pintores no lo ven. Le preguntan por qué esta tarde le tiemblan tanto la mandíbula, la boca y las manos. «Hijos, porque adelgazo, y la flacura es o parece hambre». Le adelgaza la cara: al cuerpo nadie se lo llevaría por delante. Nació lejos, arriba, en la calle del Desengaño. «Y no vivo aquí. Vivo en Ciudad Lineal. Cada día, me digo: Levántate, que hay que ir al Penal de Cartagena. Esta plaza es el Penal de Cartagena». Los pintores por la mañana se emborrachan, comen guisos picantes a las dos y trabajan por la tarde, lentos y respetuosos. Pasan por aquí a las cuatro, justo cuando entran en la languidez, y a esa hora tratan a la mujer como ella cree que es, y por eso se arraciman al lado del otro mostrador, y, como si fueran aquellos sastres

franceses del siglo pasado que, al probar, vigilaban en el espejo que el traje (la voluntad de estilo de una época, dijo Hermann Broch, se nota en todo) le quedara bien también al alma, tantean, con preguntas sin terminar, el misterio de esa obra desesperada, fallida pero heroica, que es el maquillaje de la vieja. «Hijos, el que está solo o es malo o se hace malo». Los pintores no saben qué es estar solo; creen, a lo sumo, que estar solo es quedarse solo: viudo o algo así. La vieja, lo dicen con miradas de reojo, es viuda. «A mí me gusta tener lo mío: mi vaso, mi silla, mi cama, mi barra de labios, mi pañuelo para llorar». «Mi casa», dice, y los pintores imaginan, y no saben por qué, porque la mujer no lo cuenta, un piso nuevo pero lleno de armarios carcomidos y telas apolilladas, y a la vieja sola, de pie detrás de una mesa como detrás del mostrador, pintada como ahora pero muda. A los pintores, soñadores o sólo adormilados, les gustaría que se les rindiera más nítida la visión de la vieja sola en Ciudad Lineal. No ven más que uno de esos pisos nuevos de suburbio, alto y ventilado, y a la vieja mirando pasar las nubes no desde el balcón sino en un espejo grande, pero querrían ver más claro. Creen más o menos esto: que lugares lóbregos como la droguería tienen un contrapunto; que cuerpos así de viejos pero aguerridos necesitan reponerse, por la mañana temprano o en las tardes de fin de semana, en alturas o en alguna claridad. Le preguntan si fue actriz. «De qué género, de qué género: de revista, ¿no?», dice la vieja halagada, peleadora, fuerte como una mole y con una risa demasiado agria como para volverse patética. Los hombres quieren pagar rápido. «Los fines de semana me lavo la ropa interior y me pinto las uñas de los pies. Me acuesto y no duermo: pienso. Mi madre era un sueño. Mi marido era un sueño. Mi madre murió hace treinta años. Mi marido murió hace quince años. Pero estoy en paz: los quise y me quisieron. La peor desgracia es no merecer que te quieran los que tú quieres». Los pintores creen que ya deberían irse, pero no se van. ¿Para quién tiene la paciencia de maquillarse, cada mañana, en la altura de Ciudad Lineal? La vieja les pesca la pregunta en los ojos. «Hijos, no para quién: por qué. Y que me entierren con el lápiz de labios».

La calle de Job

De un día encontrarán tinieblas, y como noche palparán la siesta.

Abajo, doblando a la derecha, está la plaza: una vieja charla con cuatro pintores, otra vieja vende novelitas mugrientas, las cajeras del Simago se comen las uñas, un senegalés cruza con un bulto al hombro y adolescentes

de pelo verde se tambalean. Y arriba, a la izquierda, maduros matrimonios ingleses suben como libélulas en los ascensores transparentes del Reina Sofía. Pero en la calle del Salitre, calle que cae de bruces, vacía a las tres de la tarde, una mujer de cincuenta años, una bruja de barrio, toca el timbre de un portero eléctrico en una casa recién pintada de color arena. Una voz de hombre, ronca, cruda, una de esas voces siempre enfadadas que no saben lo que es un susurro, grita desde alguna cocina o pasillo oscuro: QUIÉN ES. Y la mujer, que tiene la misma voz cruda, también pregunta: QUIÉN ES. Ninguno de los dos contesta. El de arriba vuelve a preguntar y la mujer también. Siguen así un rato largo. No se oye nada más: ni guitarras ni locutor de telediario ni los bocinazos de la calle de Santa Isabel. Sólo la pregunta, desde el pasillo oscuro y abajo en el portal: QUIÉN ES. Y por culpa del silencio de la siesta, de la calle que se desploma, del sol crudo en la acera de las preguntas, de la sombra fría en la acera de enfrente y de las sombras cortadas en ángulo de las esquinas, las preguntas sin contestar no parecen lo que son: desconcierto bruto de recién llegados al portero eléctrico. Sino Job.

El abuelo resplandeciente

En la plaza, adolescentes ajados y enjutos, el pelo rojo y verde y la mirada de patio de loquero, intentan componer un piropo, pero la rubia recién duchada ya pasó: entre los cuatro apenas consiguen un balbuceo. El pelo rojo y verde, parado como cola de gallo, no reluce: escobas viejas que barrieron pelusa pegoteada en charcos de pintura. Tampoco brillan los pendientes, las cadenas, las pulseras, los remaches plateados de los chalecos de cuero. Bajo el sol, bamboleantes, la cara lavada con ceniza, parecen nietos del *borracho de pueblo*, pero no tienen el resplandor, ni la soledad, ni el orgullo de aquel abuelo que espantaba a las mujeres con risas de baba y piropos inolvidables golpeando una botella vacía contra las rejas y los postes de la luz.

... Y los perros flacos

A los adolescentes de pelos de colores no les brillan ni los pendientes ni los remaches plateados, y han perdido, han conseguido perder, nociones de moral práctica y reflejos dinámicos. En la «k» de «ocupas» sobrevive como reliquia el relámpago de energía que los hizo apropiarse de la casa de la esquina de Ave María y El Olmo, una ruina enorme de ladrillo y hollín, con

remiendos de cartón en las ventanas. Una bandera de corsario, desteñida y raída, va del tejado al primer piso. Tela negra, letras blancas, la «A» anarco y la «k» de la energía perdida. La casa parece una vieja goleta desgastada, abordada hace siglos por piratas con el cuchillo en la boca e invadida ahora por una compañía de músicos hambrientos. Tuvieron valor de piratas al ocupar la casa, y de esos mimos de estación de metro entalcados y con el pelo pintado de verde tienen ahora la mirada resignada, los fragmentos ingenuos de ideas budistas y la falta de ganas de comer. Pero, en los perros, no se parecen a nadie. Sus perros no se parecen a otros. No pasean, no ensucian las aceras, no ladran, se asoman a los balcones con cara de no necesitar nada. Flacos, sucios, grises, largos y con las patas largas, parecen robados de un canódromo y adiestrados para el hambre, o perros cimarrones vacunados contra la rabia. Los dueños de los perros se bambolean por la calle con el pelo verde y los pendientes sin brillo, compran latas de cerveza en Simago (cuatro de ellos, atacados por algún súbito recuerdo, como si reconocieran los vestigios del antiguo fuego, intentan piroppear a una rubia en la plaza), se tumban en los portales o se recuestan en las cabinas de teléfono, pero es raro que se asomen al balcón. El balcón es para los perros. Perros que no se sientan para mirar afuera, ni meten el hocico entre los barrotes, ni se interesan por otros perros, ni mueven la cola, y es posible, si comen algo, que coman col hervida. Están siempre allí en el balcón como de paso, y detrás se ven sillas rotas y habitaciones negras y vacías. Los farmacéuticos, que odian a los de pelos de colores pero que los conocen bien, dicen que los perros son una alucinación.

Manifiesto comunista

En el balcón, como quien deja salir al gato a tomar el sol o al abuelo a entretenerse, puestos en caballetes, dos retratos del tamaño de una hoja de periódico: Marx y Lenin. Una casa de cinco pisos con treinta balcones de hierro y ninguna flor: sólo esos dos retratos, como cuadros puestos a secar. El de Lenin lleva, en la esquina izquierda, una cinta roja. Le dé la luz fuerte de las doce o lo nuble la sombra de la tarde, Lenin siempre con la misma calva empecinada: mira de frente, en un primer plano temerario de cara expuesta y tensa, de una gravedad tan compacta que parece que se prepara para resistir en la momia. Marx mira de lado, y parece que se escuda en el siglo XIX, que esconde argucias en la barba. Lenin siempre está allí, de día y de noche y aunque llueva, pero Marx a veces está y a veces no, y no se sabe si porque lo castigan o lo protegen. El dueño (o dueños que no se